

ARTURO ARDAO: *Filosofía de lengua española. Ensayos*. Montevideo, Editorial Alfa, 1963, 176 p. [Impreso en los Talleres de Seix y Barral, Barcelona].

En este sabroso libro nos entrega el Dr. Ardao, una serie de artículos suyos, aparecidos entre 1946 y 1963, relativos a temas íntimamente relacionados entre sí y que nos muestran la amplitud y la pasión con que se mueve frente al pensar americano. Si bien nos dice que cada uno de los artículos tuvo su "ocasión y su hora", la verdad del caso es que se desprende de la lectura general de los mismos un pensar coherente y vivo, lleno de matices, que nos está poniendo a cada rato frente a la personalidad aguda, múltiple de curiosidades e impulsos generosos, del Dr. Ardao.

Un historicismo conscientemente elaborado que intenta alcanzar un filosofar americano en profundidad, que tenga sus raíces en una meditación "desde nuestras circuns-

tancias" y no "sobre" ellas simplemente, guía todos los ensayos. Dentro de esta posición quedan dibujados con limpidez los antecedentes y los esfuerzos anteriores, a partir de aquel memorable plan de Juan Bautista Alberdi de 1840, hasta el movimiento que según el mismo Ardao toma cuerpo un siglo después, a partir de 1940 y que ordena la tarea de importantes y numerosos escritores desde México hasta Buenos Aires.

Al mismo tiempo se pone de relieve las conexiones entre este vigoroso movimiento nacido alrededor de 1940, con el pensar español, en particular con las meditaciones sobre el ser de España dejadas por Ortega y Gasset y desarrolladas más tarde por José Gaos, lo que le permite ver con claridad que ese preguntar por el ser de América se refunde en una pregunta mucho más vasta y profunda, por el ser de la comunidad cultural de habla castellana.

Súmese a todo esto una información histórica minuciosa y segura, fruto de pacientes búsquedas en archivos y bibliotecas, sobre la base de métodos historiográficos a la mano que guían su "exploración empírica de la historicidad del espíritu". En Ardao la historia ha alcanzado la dignidad de un hecho visto con ojo filosófico y en él se juntan, *rara avis*, el historiador y el filósofo. Una claridad conceptual que hace recordar en algún momento el estilo de Vaz Ferreira, le permite encontrar conexiones que se expresan ya sea en "situaciones paradójales", ya sea en la "condición inestable y lábil" de muchos conceptos culturales en juego, en el desplazamiento de los "ejes culturales", en la "transformación dialéctica" de los filosofemas, en el "pluralismo" de los complejos lingüísticos o de la realidad americana en su relación con los "imperios europeos atlánticos", en la influencia indudable de las grandes estructuras geográficas con sus puentes y barreras, en el encuentro y desencuentro de direcciones profundas, en "formas de solidaridad histórica", en la delineación de "constelaciones intelectuales", etc., todo ello visto a través de una filosofía de la historia, una filosofía de la cultura, una sociología del saber, ciertos datos tomados de una geopolítica y apoyado en un seguro conocimiento del filosofar sistemático.

Los artículos aparecen agrupados en cuatro capítulos: "Filosofía de lengua española", "Problema e historia de la filosofía americana", "Latinoamérica en Francia", y "De España y América". Debido a la rica información bibliográfica y a los panoramas históricos del movimiento actual de la filosofía en América, viene a tener este libro además de sus otras virtudes, la de ser una feliz guía de temas, problemas y autores, valorados y ubicados siempre con agilidad.

De particular valor nos resulta el trabajo titulado "Sobre el concepto de historia de las ideas", en donde el Dr. Ardao ha tratado de determinar su alcance y concepto y que termina con una serie de conclusiones que implican todo un método y un plan de trabajo. Estructura su investigación averiguando qué han entendido por "historia de las ideas" tres filósofos de lengua española: Ortega, en su "Prólogo" a la *Historia de la Filosofía* de Bréhier, José Gaos, en su libro *En torno a la filosofía mexicana* y Francisco Romero, en su artículo "Las corrientes filosóficas en el siglo XX" y otros lugares.

Para Ortega "no hay propiamente historia de las ideas", afirmación que surge, como bien lo hace notar Ardao, de una limitación del concepto "idea" a un puro sentido, descuajado de vida y de historia. "Pero consecuencia de ello es también, aunque Ortega no lo extraiga en forma expresa, que una "historia de las ideas" entendida de otra manera, es decir, como historia de las que él llama "efectivas ideas", en cuanto

pensamientos concretos no separados de su situación o circunstancia, no sólo es posible, sino que es la única teóricamente válida".

José Gaos comparte el rechazo de una "historia de las ideas" vacía de vida, como meros entes abstractos, pero en lugar de rechazar esta "historia" la reivindica "para denominar el estudio historicista que precisamente reclamaba Ortega, subsumiendo en ella a la historia de la filosofía y a la historia del pensamiento", que vienen a ser así dos aspectos parciales de la historia de las ideas. De este modo habrían tres historias: una que enfoca las ideas filosóficas *stricto sensu*: la "historia de la filosofía"; otra, que las estudia en su relación con las circunstancias, aun cuando no lleguen a una formulación sistemática y sean en algunos casos simplemente mentadas: la "historia del pensamiento" y por último una "historia de las ideas" que abarca genéricamente a las dos anteriores.

Francisco Romero distingue una "historia de la filosofía" que atiende preferentemente a "la significación estrictamente filosófica de las ideas" y una "historia de las ideas" que mira más bien lo que él denomina los "complejos ideológicos", la vida histórica de las ideas o "la faz ideológica del transcurrir histórico". Según observa Ardao, Romero postularía con su "historia de la filosofía", aquella historia de las ideas que a Ortega le parecía imposible y con su "historia de las ideas", la única historia de la filosofía posible para el filósofo de la razón vital.

Ante las discrepancias que implican las tres opiniones vertidas, Ardao declara la necesidad de alcanzar la determinación de ciertos criterios básicos, que den sentido a una empresa común de hecho ya existente. Esos criterios apuntan a observar, con acierto: 1º que la "historia de las ideas" sólo tienen sentido como historia particularizada de tal o cual tipo de ideas: filosóficas, religiosas, estéticas, pedagógicas, etc. En función de esto "cualquier investigación de historia de las ideas, en un lugar y en un período determinado, debe empezar por deslindar el sector o los sectores a que ha de contraerse"; 2º que esas determinaciones de campos de investigaciones responden a divisiones convencionales, ya que el ámbito de la cultura es uno solo y los "patrones ideológicos o doctrinarios" tienden a imponerse en un momento dado con carácter general; 3º que el papel condicionante o rector de las ideas filosóficas respecto de las demás ha llevado a creer como verdadera "historia de las ideas" la que se ocupa sólo de aquéllas.

A partir de estos criterios Ardao reconoce, pues, una "historia de las ideas" de carácter general y, como una de sus especies, una "historia de las ideas filosóficas", que a su vez, es para él "ni más ni menos que la historia de la filosofía". La distinción entre ambos tipos de historia responde, pues, tan sólo a la extensión de los términos (a una relación de género a especie) y no a su comprensión. Lo dicho no elimina los dos posibles modos de hacer historia dentro de la investigación de las ideas filosóficas: tanto la "historia de las ideas filosóficas puras o abstractas", como aquella historia que las quiere ver "en sus concretas circunstancias". Son "dos tipos en cierto modo ideales, de difícil realización cada uno en su pureza" que tienden a satisfacer exigencias distintas "por lo que se necesitan y se complementan". De este modo, estos dos puntos de vista que fundaban la escisión del saber histórico-filosófico en Gaos y Romero, vienen a ser para Ardao tan sólo dos aspectos metodológicos de una misma forma de saber.

El ensayo del Dr. Ardao sobre este tema termina con un enunciado de conclusiones que postulan: 1º una "historia de las ideas" general, que hace referencia a los diversos campos; 2º el papel "condicionante o rector" de las "ideas filosóficas", dentro

de aquella historia general; 3º la parcialidad del campo de la "historia de las ideas filosóficas", que es tan sólo un sector; 4º "la historia de las ideas filosóficas no es ni más ni menos que la historia de la filosofía"; 5º la existencia de dos modos metodológicos dentro de la historia de las ideas filosóficas; 6º la significación para el pensar americano, de la historia de las ideas vistas en su concreción circunstancial y 7º la necesidad de centrar los estudios de historia de las ideas, alrededor de la historia de las ideas filosóficas.

Compartimos esta exigencia de Ardao que tiende a clarificar el alcance de una expresión hasta ahora imprecisa en muchos autores cuando hablan de "historia de las ideas" y consideramos que ofrece puntos de vista de indudable acierto. Sin embargo nos parece —sin que esto signifique una crítica y sí tan sólo una apretada exposición del modo cómo hemos estado manejando estos mismos conceptos en nuestras búsquedas historiográficas— que hay una diferencia entre la investigación del concepto, filosófico o científico y la de la "idea" tomada como elemento de un "complejo ideológico", según los términos que usa Francisco Romero. La distinción aparece con mucha mayor claridad, a nuestro juicio, si pensamos especialmente en la radical diferencia que hay entre una "historia de la filosofía" entendida como historia de la exigencia helénica del "cónocete a ti mismo" (vale decir como historia del pensar crítico, en el más amplio sentido del término y bajo todas las formas que ha adoptado desde que existe la filosofía) y una "historia de las ideas" (filosóficas), entendida como la investigación de "ideologías" o formas acriticas, al servicio de modo ciego de la acción y de la vida. De este modo la "historia de la filosofía" y su "historia de las ideas" correspondiente, se diferenciarían por la naturaleza de su objeto, y no ya por una distinción de especie a género. Aclaremos que a pesar de ello se dan siempre como dos herramientas de trabajo conjuntas o complementarias, tal como desde su punto de vista lo afirma Ardao, en cuanto que la "historia de las ideas" (siempre refiriéndonos a las filosóficas) se propone —para nosotros— historiar los filosofemas contenidos en las "ideologías o complejos ideológicos", pero también la aparición, por sobre ese nivel, del pensar filosófico propiamente dicho, en cuanto pensar crítico, ya que en el transcurrir de las culturas podría pensarse en una especie de relación dialéctica entre ambos. A su vez la "historia de la filosofía" propiamente dicha, no puede reducirse a mirar la evolución e integración sucesiva de los diversos modos de crítica, sin atender a lo que esa crítica misma supera, en uno de sus momentos, vale decir, lo meramente ideológico. En última instancia, pues, vienen también a integrarse "historia de la filosofía" e "historia de las ideas" correspondiente, en el historiógrafo, a pesar de la diferencia de naturaleza de los objetos y de la diversa marcha que siguen los puntos de vista de ambas disciplinas.

Si algo positivo ha de dejar esta etapa "historicista", como la denomina Ardao, que ha seguido en América al "positivismo" y al "idealismo" subsiguiente, es esa conciencia clara y esa voluntad decidida de la realización de un americanismo ecuménico, que tan hondamente vive el autor de este libro. La "historia de las ideas", que tan particulares matices reviste entre nosotros en función de los materiales que debe estudiar, ha probado que a pesar del elevado desconocimiento mutuo en que vivimos, sigue siendo todavía mucho más lo que nos une, que lo que nos separa.

ARTURO ANDRÉS ROIG